

***SABIDURÍA
APARENTE***

**BENITO JERÓNIMO
FEIJOO**

Freeditorial 

I

Tiene la ciencia sus hipócritas no menos que la virtud, y no menos es engañado el vulgo por aquellos que por estos. Son muchos los indoctos que pasan plaza de sabios. Esta equivocación es un copioso origen de errores, ya particulares, ya comunes. En esta región que habitamos, tanto vituperio tiene la aprehensión como la verdad. Hay hombres muy diestros en hacer el papel de doctos en el teatro del mundo, en quienes la leve tintura de las letras sirve de color para figurar altas doctrinas; y cuando llega a parecer original la copia, no hace menos impresión en los ánimos la copia que el original. Si el que pinta es un Zeuxis, volarán las avcillas incautas a las uvas pintadas como a las verdaderas.

Así Arnaldo Brixense, en el siglo undécimo, hombre de cortas letras, hizo harto daño en Brixia, su patria, y aun en Roma, con sus errores; porque, como dice Guntero Ligurino, sobre ser elegante en el razonamiento, sabía darse cierto modo y aire de sabio: *Assumpta sapientis fronte, disserto fallebat sermone rudes*; o como asegura Otón Frinsingense, una copiosa verbosidad pasó en él plaza de profunda erudición: *Vir quidem naturae non habetis; plus tamen verborum profluvio, quam sententiarum pondere copiosus*. Así Vigilancio, siendo un verdadero ignorante, con el arte de ganar librereros y notarios para pregoneros de su fama, adquirió tanta opinión de sabio, que se atrevió a la insolencia de escribir contra san Jerónimo y acusarle de origenista. Séneca Pelagiano hizo en el *Piceno* partido por la herejía de Pelagio, siendo, por testimonio del papa Gelasio, que reinaba entonces, no sólo hombre ignorante, pero aun rudo: *Non modo totius eruditionis alienus; sed ipsius quoque intelligentiae communis prorsus extraneus*. San León, en la epístola 13 a Pulqueria Augusta, siente que el error de Eutiches nació más de ignorancia que de astucia. Y en la epístola 15 absolutamente le trata de indocto: *Indoctum antiquae Fidei impugnatores*. Sin embargo, este hombre corto revolvió de modo la cristiandad, que fue preciso juntarse tres concilios contra él, sin contar el que con razón se llamó *Predatorio*, en que, contra el derecho de la Sede Apostólica, hizo el emperador Teodosio presidir a Dióscoro, patriarca de Alejandría.

El vulgo, juez inicuo del mérito de los sujetos, suele dar autoridad contra sí propio a hombres iliteratos, y constituyéndolos en crédito, hace su engaño poderoso. Las tinieblas de la popular rudeza cambian el tenue resplandor de cualquiera pequeña luz en lucidísima antorcha, así como la linterna colocada sobre la torre de Faro, dice Plinio que parecía desde lejos estrella a los que navegaban de noche el mar de Alejandría.

Puede decirse que para ser tenido un hombre en el pueblo por sabio, no hace tanto al caso serlo como fingirlo. La arrogancia y la verbosidad, si se juntan con algo de prudencia para distinguir los tiempos y materias en que se ha de hablar o callar, producen notable efecto. Un aire de majestad confiada en las decisiones, un gesto artificioso, que cuando se vierte aquello poco y superficial que se ha comprendido del asunto, muestre como por brújula quedar depositadas allá en los interiores senos altas noticias, tienen grande eficacia para alucinar a ignorantes.

Los accidentes exteriores que representan la ciencia están en algunos sujetos como los de pan y vino en la Eucaristía, esto es, sin la substancia correspondiente. Los inteligentes en uno y otro conocen el misterio; pero como en el de la Eucaristía los sentidos, que son el vulgo del alma, por los accidentes que ven se persuaden a la substancia que no hay; así en estos sabios de misterio, los ignorantes, que son el vulgo del mundo, por exterioridades engañosas conciben doctrinas que nunca fueron estudiadas. La superficie se miente profundidad, y el resabio de ciencia, sabiduría.

II

Por el contrario, los sabios verdaderos son modestos cándidos, y estas dos virtudes son dos grandes enemigas de su fama. El que más sabe, sabe que es mucho menos lo que sabe que lo que ignora; y así como su discreción se lo da a conocer, su sinceridad se lo hace confesar, pero en grave perjuicio de su aplauso, porque estas confesiones, como de testigos que deponen contra sí propios, son velozmente creídas; y por otra parte, el vulgo no tiene por docto a quien en su profesión ignora algo, siendo imposible que nadie lo sepa todo.

Son también los sabios comúnmente tímidos, porque son los que más desconfían de sí propios; y aunque digan divinidades, si con lengua trémula o voz apagada las articulan, llegan desautorizadas a los oídos que las atienden. Más oportuno es para ganar créditos delirar con valentía que discurrir con perplejidad; porque la estimación que se debía a discretas dudas se ha hecho tributo de temerarias resoluciones. ¡Oh, cuánto aprovecha a un ignorante presumido la eficacia del ademán y el estrépito de la voz! ¡Y cuánto se disimulan con los esfuerzos del pecho las flaquezas del discurso! Siendo así que el vocinglero por el mismo caso debiera hacerse sospechoso de su poca solidez, porque los hombres son como los cuerpos sonoros, que hacen ruido mayor cuando están huecos.

Si a estas ventajosas apariencias se junta alguna literatura, logran una gran violenta actividad para arrastrar el común asenso. No es negable que Lutero fue erudito; pero en los funestos progresos de su predicación menos influyó su literatura que aquellas ventajosas apariencias; aunque la mezcla de uno y otro fue la confección del veneno de aquella hidra. Si se examinan bien los escritos de Lutero, se registra en ellos una erudición copiosa, parto de una feliz memoria y de una lectura inmensa; pero apenas se halla un discurso perfectamente ajustado, una meditación en todas sus partes cabal, un razonamiento exactamente metódico. Fue su entendimiento, como dice el cardenal Palavicini, capaz de producir pensamientos gigantes, pero informes, o por defecto de virtud, o porque el fuego de su genio precipitaba la producción, y por no esperar los debidos plazos eran todos los efectos abortivos; pero este defecto esencial de su talento se suplió grandemente con los accidentes exteriores. Fue

este monstruo de complexión ígnea, de robustísimo pecho, de audaz espíritu, de inexhausta, aunque grosera facundia, fácil en la explicación, infatigable en la disputa. Asistido de estas dotes, atropelló algunos hombres doctos de su tiempo, de ingenio más metódico que él y acaso más agudo. Al modo que un esgrimidor de esforzado corazón y robusto brazo desbarata a otro de inferior aliento y pulso, aunque mejor instruido en las reglas de la esgrima.

III

Otras partidas, igualmente extrínsecas, dan reputación de sabios a los que no lo son: la seriedad y circunspección, que sea natural, que artificiosa, contribuye mucho. La gravedad, dice la famosa Madalena Scuderi, en una de sus conversaciones morales, es un misterio del cuerpo, inventado para ocultar los defectos del espíritu; y si es propasada, eleva el sujeto al grado de oráculo. Yo no sé por qué ha de ser más que hombre quien es tanto menos que hombre cuanto más se acerca a estatua; ni porque siendo lo risible propiedad de lo racional, ha de ser más racional quien se aleja más de lo risible. El ingenioso francés Miguel de Montaña dice con gracia, que entre todas las especies de brutos, ninguno vio tan serio como el asno.

Aristóteles puso en crédito de ingeniosos a los melancólicos, no sé por qué. La experiencia nos está mostrando a cada paso melancólicos rudos. Si nos dejamos llevar de la primera vista, fácilmente confundiremos lo estúpido con lo extático. Las lobreces del genio tienen no sé qué asomos a parecer profundidades del discurso; pero si se mira bien, la insociabilidad con los hombres no es carácter de racionales. En estos sujetos, que se nos representan siempre pensativos, está invertida la negociación interior del alma. En vez de aprehender el entendimiento las especies, las especies aprehenden el entendimiento; en vez de hacerse el espíritu dueño del objeto, el objeto se hace dueño del espíritu. Átale la especie que le arrebató. No está contemplativo, sino atónito; porque la inmovilidad del pensamiento es ociosidad del discurso. Note que no hay bruto de genio más festivo y sociable que el perro, y ninguno tiene más noble instinto. No obstante, peor seña es el extremo opuesto. Hombres muy chocarreros son sumamente superficiales.

Tanto el silencio como la locuacidad tienen sus partidarios entre la plebe. Unos tienen por sabios a los parcos, otros a los pródigos de palabras. El hablar poco depende, ya de nimia cautela, ya de temor, ya de vergüenza, ya de tarda ocurrencia de las voces; pero no, como comúnmente se juzga, de falta de especies. No hay hombre, que si hablase todo lo que piensa, no hablase mucho.

Entre hablar y callar observan algunos un medio artificioso, muy útil para captar la veneración del vulgo, que es hablar lo que alcanzar y callar lo que ignoran, con aire de que lo recatan, Muchos de cortísimas noticias, con este arte se figuran en los corrillos animadas bibliotecas. Tienen sola una especie muy diminuta y abstracta del asunto que se toca. Esta basta para meterse en él en términos muy generales con aire magistral, retirándose luego, como que, fastidiados de manejar aquella materia, dejan de explicarla más a lo largo: dicen todo lo que saben; pero hacen creer que aquello no es más que mostrar la uña del león; semejantes al otro pintor que, habiéndose ofrecido a retratar las once mil vírgenes, pintó cinco, y quiso cumplir con esto, diciendo que las demás venían detrás en procesión. Si alguien, conociendo el engaño, quiere empeñarlos a mayor discusión, o tuercen la conversación con arte, o fingen un fastidioso desdén de tratar aquella materia en tan corto teatro, o se sacuden del que los provoca, con una risita falsa, como que desprecian la provocación; que esta gente abunda de tretas semejantes, porque estudia mucho en ellas.

Otros son socorridos de unas expresiones confusas, que dicen a todo, y dicen nada, al modo de los oráculos del gentilismo, que eran aplicables a todos los sucesos. Y de hecho, en todo se les parecen; pues siendo unos troncos, son oídos como oráculos. La obscuridad con que hablan es sombra que oculta lo que ignoran; hacen lo que aquellos que no tienen sino moneda falsa, que procuran pasarla al favor de la noche. Y no faltan necios que, por su misma confusión, los acreditan de doctos, haciendo juicio que los hombres son como los montes, que, cuanto más sublimes, más obscurecen la amenidad de los valles:

Majoresque cadunt allis de montibus umbrae.

Este engaño es comúnmente auxiliado del ademán persuasivo y del gesto misterioso. Ya se arruga la frente, ya se acercan una a otra las cejas, ya se ladean los ojos, ya se arrollan las mejillas, ya se extiende el labio inferior en forma de copa penada, ya se bambanea con movimientos vibratorios la cabeza, y en todo se procura afectar un ceño desdeñoso. Estos son unos hombres, que más de la mitad de su sabiduría la tienen en los músculos, de que se sirven para darse todos estos movimientos. Justamente hizo burla de este artificio

Marco Tulio, notándole en Pisón: *Respondes, altero ad fronte sublato, altero ad mentum depresso supercilio, credulitatem tibi non placere.*

IV

El despreciar a otros que saben más, es el arte más vil de todos; pero uno de los más seguros para acreditarse entre espíritus plebeyos. No puede haber mayor injusticia ni mayor necedad que la de transferir al envidioso aquel mismo aplauso, de que este, con su censura, despoja al benemérito. ¿Acaso porque el nublado se oponga al sol, dejará este de ser ilustre antorcha del cielo, o será aquel más que un pardo borrón del aire? ¿Para poner mil tachas a la doctrina y escritos ajenos, es menester ciencia? Antes cuando no interviene envidia o malevolencia, nace, de pura ignorancia. Acuérdome de haber leído en el *Hombre de letras* del padre Daniel Bartoli, que un jumento, tropezando por accidente con la *Ilíada* de Homero, la destrozó y hizo pedazos con los dientes. Así que, para ultrajar y lacerar un noble escrito, nadie es más a propósito que una bestia.

La procacidad o desvergüenza en la disputa es también un medio igualmente ruin que eficaz para negociar los aplausos de docto: los necios hacen lo que los megalopolitanos, de quienes dice Pausanias, que a ninguna deidad daban iguales cultos que al viento Bóreas, que nosotros llamamos cierzo o regañón. A los genios tumultuantes adora el vulgo como inteligencias sobresalientes. Concibe la osadía desvergonzada como hija de la superioridad de doctrina, siendo así que es casi absolutamente incompatible con ella. A esto se añade que los verdaderos doctos huyen cuanto pueden de todo encuentro con estos genios procaces; y este prudente desvío se interpreta medrosa fuga, como si fuese propio de hombres esforzados andar buscando sabandijas venenosas para lidiar con ellas. Justo y generoso era el arrepentimiento de Catón, de haberse metido con sus tropas en los abrasados desiertos del África, donde no tenía otros enemigos que áspides, cerastas, víboras, dípsades y basiliscos. Menos horrible se le representó la guerra civil en los campos de Farsalia, donde pelearon contra él las invencibles huestes del César, que en los arenales de Libia, donde batallaban por el César los más viles y abominables insectos.

Pro cesare pugnant

Dipsades, el peragunt civilia bella cerastae.

El que puede componer con su genio y con sus fuerzas ser inflexible en la disputa, porfiar sin término, no rendirse jamás a la razón, tiene mucho adelantado para ser reputado un Aristóteles; porque el vulgo, tanto en las guerras de Minerva como en las de Marte, declara la victoria por aquel que se mantiene más en el campo de batalla, y en su aprehensión nunca deja de vencer el último que deja de hablar. Esto es lo que siente el vulgo. Mas para el que no es vulgo, aquel a quien no hace fuerza la razón, en vez de calificarse de docto, se gradúa de bestia. Con gracia, aunque gracia portuguesa (esto es, arrogante), preguntado el ingenioso médico, Luis Rodríguez qué cosa era y cómo lo había hecho otro médico corto, a quien el mismo Luis Rodríguez había argüido, respondió: *Tan grandísimo asno è, que por mais que ficen, jamais ó pueden concurir.*

Es artificio muy común de los que saben poco, arrastrar la conversación hacia aquello poco que saben. Esto en las personas de autoridad es más fácil. Conocí un sujeto, que cualquiera conversación que se excitase, insensiblemente la iba moviendo de modo, que a pocos pasos se introducía en el punto que había estudiado aquel día el antecedente. De esta suerte siempre parecía más erudito que los demás. Aun en disputas escolásticas se usa de este stratagemata. He visto más de dos veces algún buen teólogo puesto en confusión por un principiante; porque este, quimerizando en el argumento sobre alguna proposición, sacaba la disputa de su asunto propio a algún enredo sumulístico de ampliaciones, restricciones, alienaciones, oposiciones, conversiones, equipolencias, de que el teólogo estaba olvidado. Esto es, como el villano Caco, traer con astucia a Hércules a su propia caverna para hacer inútiles sus armas, cegándole con el humo que arrojaba por la boca.

V

Fuera de los sabios de perspectiva, que lo son por su artificio propio, hay otros que lo son precisamente por error ajeno. El que estudió lógica y metafísica, con lo demás que debajo del nombre de filosofía se enseña en las escuelas, por bien que sepa todo, sabe muy poco más que nada; pero suena mucho. Dícese que es un gran filósofo, y no es filósofo grande ni chico. Todas las diez categorías, juntamente con los ocho libros de los *Físicos* y los dos adjuntos *De generatione et corruptione*, puestos en el alambique de la lógica, no darán una gota del verdadero espíritu, filosófico, que explique el más vulgar fenómeno de todo el mundo sensible. Las ideas aristotélicas están tan fuera de lo físico como las platónicas. La física de la escuela es pura metafísica. Cuanto hasta ahora escribieron y disputaron los peripatéticos acerca del movimiento, no sirve para determinar cuál es la línea de reflexión por donde vuelve la pelota tirada a una pared, o cuánta es la velocidad con que baja el grave por un plano inclinado. El que por razones metafísicas y comunísimas piensa llegar al verdadero conocimiento de la naturaleza, delira tanto como el que juzga ser dueño del mundo por tenerle en un mapa.

La mayor ventaja de estos filósofos de nombre, si manejan con soltura en las aulas el argadillo de *Barbara, Celarem*, es que con cuatro especies que adquirieron de teología o medicina, son estimados por grandes teólogos o médicos. Por lo que mira a la teología, no es tan grande el yerro; pero en orden a la medicina no puede ser mayor. Por la regla de que *ubi desinit phisicus, incipit medicus*, se da por asentado, que de un buen filósofo fácilmente se hace un buen médico. Sobre este pie, en viendo un platicante de medicina que pone veinte silogismos seguidos sobre si la privación es principio del ente natural, o si la unión se distingue de las partes, tiene toda la recomendación que es menester para lograr un partido de mil ducados.

El doctísimo comentador de Dioscórides, Andrés de Laguna, dice, que la providencia que, si se pudiese, se debiera tomar con estos mediquillos flamantes, que salen de las universidades rebosando las bravatas del *ergo* y del *probo*, sería enviarlos por

médicos a aquellas naciones con quienes tuviésemos guerra actual, porque excusarían a España mucho gasto de gente y de pólvora.

Seguramente afirmo que no hay arte o facultad más inconducente para la medicina que la física de la escuela. Si todos cuantos filósofos hay y hubo en el mundo se juntasen y estuviesen en consulta por espacio de cien años, no nos dirían cómo se debe curar un sabañón; ni de aquel tumultuante concilio saldría máxima alguna que no debiese descaminarse por contrabando en la entrada del cuarto de un enfermo. El buen entendimiento y la experiencia, o propia o ajena, son el padre y madre de la medicina, sin que la física tenga parte alguna en esta producción. Hablo de la física escolástica, no de la experimental.

Lo que un físico discurre sobre la naturaleza de cualquiera mixto es, si consta de materia y forma substanciales, como dijo Aristóteles, o si de átomos, como Epicuro, o si de sal, azufre y mercurio, como los químicos, o si de los tres elementos cartesianos: si se compone de puntos indivisibles u de partes divisibles *in infinitum*; si obra por la textura y movimiento de sus partículas, o por unas virtudes accidentales, que llaman cualidades; si estas cualidades son de las manifiestas o de las ocultas; si de las primeras, segundas o terceras. ¿Qué conexión tendrá todo esto con la medicina? Menos que la geometría con la jurisprudencia. Cuando el médico trata de curar a un tercianario, toda esta baraúnda de cuestiones aplicadas a la quina le es totalmente inútil. Lo que únicamente le importa saber es, si la experiencia ha mostrado que en las circunstancias en que se halla el tercianario es provechoso el uso de este febrífugo; y esto lo ha de inferir, no por *dici de omni, dici de nullo*, sino por inducción, así de los experimentos que él ha hecho, como de los que hicieron los autores que ha estudiado.

En ninguna arte sirve de cosa alguna el conocimiento físico de los instrumentos con que obra; ni este dejará de ser gran piloto por no poder explicar la virtud directiva del imán al polo; ni aquel, gran soldado por ignorar la constitución física de la pólvora o del hierro; ni el otro, gran pintor por no saber si los colores son accidentes intrínsecos o varias reflexiones de la luz; ni, al contrario, el disputar bien de todas estas cosas conduce nada para ser piloto, soldado o pintor. Más me alargara para extirpar este común error del mundo,

si ya no le hubiese impugnado con difusión y plenamente el doctísimo Martínez, en sus dos tomos *De medicina sceptica*.

VI

Otro error común es, aunque no tan mal fundado, tener por sabios a todos los que han estudiado mucho. El estudio no hace grandes progresos si no cae en entendimiento claro y despierto, así como son poco fructuosas las tareas del cultivo cuando el terreno no tiene jugo. En la especie humana hay tortugas y hay águilas: estas de un vuelo se ponen sobre el Olimpo; aquellas en muchos días no montan un pequeño cerro. La prolija lectura de los libros da muchas especies; pero la penetración de ellas es don de la naturaleza, más que parto del trabajo. Hay unos sabios, no de entendimiento, sino de memoria, en quienes están estampadas las letras como las inscripciones en los mármoles, que las ostentan y no las perciben. Son unos libros mentales, donde están escritos muchos textos; pero propiamente libros, esto es, llenos de doctrina y desnudos de inteligencia. Observa cómo usan de las especies que han adquirido, y verás cómo no forman un razonamiento ajustado que vaya derecho al blanco del intento. Con unas mismas especies se forman discursos *Buenos y malos*, como con unos mismos materiales se fabrican elegantes palacios y rústicos albergues.

Así puede suceder que uno sepa de memoria todas las obras de santo Tomás y sea corto teólogo; que sepa del mismo modo los derechos civil y canónico, y sea muy mal jurista. Y aunque se dice que la jurisprudencia consiste casi únicamente en memoria, o por lo menos más en memoria que en entendimiento, este es otro error común. Con muchos textos del derecho se puede hacer un mal alegato, como con muchos textos de Escritura un mal sermón. La elección de los más oportunos al asunto toca al entendimiento y buen juicio. Si en los tribunales se hubiese de orar de repente y sin premeditación, sería absolutamente inexcusable una feliz memoria donde estuviesen fielmente depositados textos y citas para los casos ocurrentes. Mas como esto regularmente no suceda el que ha manejado medianamente los libros de esta profesión y tiene buena inteligencia de ella, fácilmente se previene buscando leyes, autoridades y razones; y por otra parte, la elección de las más conducentes no es, como he dicho, obra de la memoria, sino del ingenio.

De visto entre profesores de todas facultades muy vulgarizada la queja de falta de memoria, y en todos noté un aprecio excesivo de la potencia memorativa sobre la discursiva; de modo que, a mi parecer, si hubiese dos tiendas, de las cuales en la una se vendiese memoria y en la otra entendimiento, el dueño de la primera presto se haría riquísimo, y el segundo moriría de hambre. Siempre fui de opuesta opinión; y por mí puedo decir que más precio daría por un adarme de entendimiento que por una onza de memoria. Suelen decirme que apetezco poco la memoria porque tengo lo que he menester. Acaso los que me lo dicen hacen este juicio por la reflexión que hacen sobre sí mismos de que ansían poco algún acrecentamiento en el ingenio, por parecerles que están abundantemente surtidos de discurso. Yo no negaré que aunque no soy dotado de mucha memoria, algo menos pobre me hallo de esta facultad que de la discursiva. Pero no consiste en esto el preferir esta facultad a aquella, sí en el conocimiento claro que me asiste de que en todas facultades logrará muchos más aciertos un entendimiento como cuatro con una memoria como cuatro, que una memoria como seis con un entendimiento como dos.

VII

De los escritores de libros no se ha hablado hasta ahora. Esto es lo más fácil de todo. El escribir mal no tiene más arduidad que el hablar mal; y por otra parte, por malo que sea el libro, bástale al autor hablar de molde y con licencia del Rey, para pasar entre los idiotas por docto.

Pero para lograr algún aplauso entre los de mediana estofa, puede componerse de dos maneras: o trasladando de otros libros, o divirtiéndose en lugares comunes. Donde hay gran copia de libros es fácil el robo sin que se note. Pocos hay que lean muchos, y nadie puede leerlos todos; con que, todo el inconveniente que se incurre es, que uno u otro, entre millares de millares de lectores, coja al autor en el hurto. Para los demás queda graduado de autor en toda forma.

El escribir por lugares comunes es sumamente fácil. *El Teatro de la vida humana*, las *Polianteadas* y otros muchos libros donde la erudición está hacinada y dispuesta con orden alfabético, o apuntada con copiosos índices, son fuentes públicas, de donde pueden beber, no sólo los hombres, mas también las bestias. Cualquier asunto que se emprenda, se puede llevar arrastrando a cada paso a un lugar común, u de política, u de moralidad, u de humanidad, u de historia. Allí se encaja todo el fárrago de textos y citas que se hallan amontonados en el libro *Para todos*, donde se hizo la cosecha. Con esto se acredita el nuevo autor de nombre de gran erudición y lectura; porque son muy pocos los que distinguen en la serie de lo escrito aquella erudición copiosa y bien colocada en el cerebro que oportunamente mana de la memoria a la pluma; de aquella que en la urgencia se va a mendigar en los elencos, y se amontona en el traslado, dividida en gruesas parvas, con toda la paja y aristas de citas, latines y números.

MAPA INTELECTUAL Y COTEJO DE NACIONES

I

No es dudable que la diferente temperie de los países induce sensible diversidad en hombres, brutos y plantas. En las plantas es tan grande, que llega al extremo de ser en un país inocentes o saludables las mismas que en otro son venenosas, como se asegura de la manzana pérsica. No es menor la discrepancia entre los brutos, en tamaño, robustez, fiereza y otras cualidades, pues además de lo que en esta materia está patente a la observación de todos, hay países donde estos o aquellos animales degeneran totalmente de la índole que se tiene como característica de su especie. Produce la Macedonia serpientes tan sociables al hombre, si hemos de creer a Luciano, que juegan con los niños y dulcemente se aplican a chupar en su propio seno la leche de las mujeres. En Guregra, montaña del reino de Fez, son según la relación de Luis de Mármol en su descripción de la África, tan tímidos los leones, de que hay gran número en aquel paraje, que los ahuyentan las mujeres a palos, como si fuesen perros muy domésticos.

Si no es tanta la diferencia que la diversidad de países produce en nuestra especie, es por lo menos bastantemente notable. Es manifiesto que hay tierras donde los hombres son, o más corpulentos, o más ágiles, o más fuertes, o más sanos, o más hermosos, y así en todas las demás cosas que dependen de las dos facultades, sensitiva y vegetativa, comunes al hombre y al bruto. Aún en naciones vecinas se observa tal vez esta diferencia.

A las distintas disposiciones del cuerpo se siguen distintas calidades del ánimo; de distinto temperamento resultan distintas inclinaciones, y de distintas inclinaciones distintas costumbres. La primera consecuencia es necesaria; la segunda defectible, porque el albedrío puede detener el ímpetu de la inclinación; mas como sea harto común en los hombres seguir con el albedrío aquel movimiento que viene de la disposición interior de la máquina, se puede decir con seguridad que en una nación son los hombres más iracundos en otra más glotonos, en otra más lascivos, en otra más perezosos, etc.

No menor, antes mayor, desigualdad que en la parte sensitiva y vegetativa, se juzga comúnmente que hay en la racional entre hombres de distintas regiones. No sólo en las conversaciones de los vulgares, en los escritos de los hombres más sabios se ve notar tal nación de silvestre, aquella de estúpida, la otra de bárbara; de modo que llegando al cotejo de una de estas naciones con alguna de las otras que se tienen por cultas, se concibe entre sus habitantes poco menor desigualdad que la que hay entre hombres y fieras.

Estoy en esta parte tan distante de la común opinión, que por lo que mira a lo substancial, tengo por casi imperceptible la desigualdad que hay de unas naciones a otras en orden al uso del discurso. Lo cual no de otro modo puedo justificar mejor que mostrando que aquellas naciones, que comúnmente están reputadas por rudas o bárbaras, no ceden en ingenio, y algunas acaso exceden a las que se juzgan más cultas.

II

Empezando por Europa, los alemanes, que son notados de ingenios tardos y groseros (en tanto grado, que el padre Domingo Boubursio, jesuita francés, en sus conversaciones de Aristio y Eugenio, propone como disputable, si es posible que haya algún bello espíritu en aquella nación), tienen en su defensa tantos autores excelentes en todo género de letras, que no es posible numerarlos. Dudo que el citado francés pudiese señalar en Francia, aun corriendo los siglos todos, dos hombres de igual estatura a Rabano Mauro y Alberto el Grande, gloria el primero de la religión benedictina, y el segundo de la dominicana. Fue Rabano Matiro (omitiendo, por más notorios, los elogios de Alberto) astro resplandeciente de su siglo, y el supremo teólogo de su tiempo. Estos epítetos le da el cardenal Baronio. Fue varón perfectísimo en todo género de letras. Así le preconiza Sixto Senense. El abad Trithemio, después de celebrarle como teólogo, filósofo, orador y poeta excelentísimo, añade, que Italia no produjo jamás hombre igual a este; y no ignoraba Trithemio ser parto de Italia un santo Tomás de Aquino. ¿Qué sujetos tiene la Francia que excedan al mismo Trithemio, venerado por Cornelio Agripa; a nuestro abad Ruperto, al padre Atanasio Kircher, quien, según Caramuel fue *divinitus e doctus*; al padre Gaspar Sebotti, y otros que omito. Ni se debe callar aquel rayo, o torbellino de la crítica terror de los eruditos de su tiempo, Gaspar Scioppio que de la edad de diez y seis años empezó a escribir libros, que admiraron los ancianos. Señalamos en este mapa literario de Alemania sólo los montes de mayor eminencia, porque no hay espacio para más.

Los holandeses, a quienes desde la antigüedad viene la fama de gente estúpida, pues entre los romanos, para expresar un entendimiento tardísimo, era proverbio: *Auris batava*; «orejas de holandés» tienen hoy tan comprobada la falsedad de aquella nota, y tan bien establecida la opinión de su fiabilidad, que no cabe más. Su gobierno civil y su industria en el comercio se hacen admirar a las demás naciones. Apenas hay arte que no cultiven con primor. Para desempeño de su política y su literatura bastan en lo primero los dos Guillemos de Nasau, uno y otro de profunda, aunque siniestra, política; y en lo segundo, aquellos dos sobresalientes linceos en humanas letras, aunque topos en las divinas, Desiderio Erasmo y

Hugo Grocio. Así que, en esta y otras naciones se llamó rudeza lo que era falta de aplicación. Luego que se remedió esta falta, se conoció la injusticia de aquella nota. Esto es lo que se vio también en los moscovitas, cuyo discurso está, o estaba poco ha, tan desacreditado en Europa, que Urbano Chevreau, uno de los bellos espíritus de la Francia de este último siglo, dijo, que el moscovita era *el hombre de Platón*. Aludía a la defectuosa definición del hombre que dio este filósofo diciendo, que es un animal sin plumas, que anda en dos pies: *Animal bipes implume*; lo que dio ocasión al chiste de Diógenes, que después de desplumar un gallo, se le arrojó a los discípulos de Platón dentro de la academia, gritándoles: «Veis ahí el hombre de Platón. «Quería decir Chevreau, que los moscovitas no tienen de hombres sino la figura exterior. Mas habiendo el último zar, Pedro Alezowitz, introducido las ciencias y artes en aquellos reinos, se vio que son los moscovitas hombres como nosotros. Fuera de que, ¿cómo es posible que una gente insensata se formase un dilatadísimo imperio, y le haya conservado tanto tiempo? El conquistar pide mucha habilidad, y el conservar, especialmente a la vista de dos tan poderosos enemigos como el turco y el persa, mucho mayor. No ignoro que es la Moscovia parte de la antigua Scitia, cuyos moradores eran reputados por los más salvajes y bárbaros de todos los hombres, y con razón; pero esto no dependía de incapacidad nativa, sino de falta de cultura, de que nos da buen testimonio el famoso filósofo Anacharsis, único de aquella nación que fue a estudiar a Grecia. Si muchos scitas hubieran hecho lo mismo, acaso tuviera la Scitia muchos Anacharsis.

III

En saliendo de la Europa, todo se nos figura barbarie: cuando la imaginación de los vulgares se entra por la Asia, se le representan turcos, persas, indios, chinos, japones, poco más o menos como otras tantas congregaciones de sátiros o hombres medio brutos. Sin embargo, ninguna de estas naciones deja de lograr tantas ventajas en aquello a que se aplica, como nosotros en lo que estudiamos.

No es tanto el aborrecimiento de las ciencias ni tanta la ignorancia en Turquía como acá se dice, pues en Constantinopla y en el Cairo tienen profesores que enseñan la astronomía, la geometría, la aritmética, la poesía, la lengua árabe y la persiana. Pero no hacen tanto aprecio de estas facultades como de la política, en la cual apenas hay nación que los iguale, ni sutileza que se les oculte. El viajero monsieur Chardin, caballero inglés, en la relación de su viaje a la India Oriental, dicen que habiendo conversado, en su tránsito por Constantinopla, con el señor Quirini, embajador de Venacia a la Porta, le aseguró este ministro que no había tratado jamás hombre de igual penetración y profundidad que al visir que había entonces; y que si él tuviese un hijo, no le daría otra escuela de política que la corte otomana. Son primorosísimos los turcos en todas las habilidades de manos o ejercicios del cuerpo, a que tienen afición. No hay iguales pendolarios en el mundo, y este ha sido motivo de no introducirse en ellos el artificio de la imprenta. Asimismo son los más ágiles y diestros volatines de Europa. Cardano refiere maravillas de dos que vio en Italia, de los cuales el uno se convirtió a la religión católica y vivió muy cristianamente, aunque continuando el mismo ejercicio; con lo cual desvaneció la sospecha introducida en el vulgo, de que tenía pacto con el demonio. La destreza en el manejo del arco para disparar con violencia la flecha subió en los turcos a tan alto punto, que se hace increíble. Juan Barclayo, en la cuarta parte del *Satiricón*, testifica haber visto aun turco penetrar con una flecha el grueso de tres dedos de acero; y a otro, que con la asta de la flecha sin hierro, taladró de parte a parte el tronco de un pequeño árbol. En el arte de confeccionar venenos son también admirables: hacenlos, no sólo muy activos, pero juntamente muy cautelosos tenue vapor que exhala al desplegarse un lienzo, una banda o una toalla, fue muchas veces entre ellos instrumento para quitar la vida, enviando por vía

de presente aquella alhaja: arte funesta y execrable. Pero, así como prueba la perversidad de aquella gente, da testimonio de su habilidad en todo aquello a que tienen aplicación.

Los persas son de más policía que los turcos: tienen colegios y universidades, donde estudian la aritmética, la geometría, la astronomía, la filosofía natural y moral, la medicina, la jurisprudencia, la retórica y la poesía. Por esta última son muy apasionados, y hacen elegantes versos, aunque redundantes en metáforas pomposas. En la antigüedad fueron celebrados los magos de Persia, que era el nombre que daban a sus filósofos. Tan lejos están de aquella inurbana ferocidad que concebimos en todos los mahometanos, que no hay gente que más se propase en expresiones de civilidad, ternura y amor. Cuando un persa convida a otro con el hospedaje, o generalmente te quiere manifestar su deferencia y rendimiento, se sirve de estas y semejantes expresiones: «Ruegoos que ennoblezcáis mi casa con vuestra presencia. Yo me sacrifico enteramente a vuestros deseos. Quisiera que de las niñas de mis ojos se hiciese la senda que pisasen vuestros pies.»

En la India oriental no hallamos letras, pero sí más que ordinaria capacidad para ellas. Juan Bautista Tabernier, hablando de unos negros, o mulatos, que hay en aquella región, llamados canarines, de los cuales se establecen muchos con varios oficios en Goa, en las Filipinas, y otras partes donde hay portugueses y españoles, dice, que los hijos de dichos negros que se aplican a estudiar, adelantan más en seis meses que los hijos de los portugueses en un año, y que esto se lo oyó en Goa a los mismos religiosos que los enseñan. Persuádome a que la primera vez que los portugueses vieron aquellos hombres atezados, creyeron que su razón era tan obscura como su cara, y se juzgarían con una superioridad natural a ellos, poco diferente de aquella que los hombres tienen sobre los brutos. ¡Oh, en cuántas partes de la tierra donde juzgamos la gente estúpida, sucedería acaso lo mismo! Pero queda oculto el metal de su entendimiento, por no examinarle en la piedra de toque del estudio.

IV

La mayor injusticia que en esta materia se hizo está en el concepto que nuestros vulgares tienen formado de los chinos. ¿Qué digo yo los vulgares? Aun a hombres de capilla o de bonete, cuando quieren ponderar un gran desgobierno o modo de proceder ajeno de toda razón, se les oye decir a cada paso: «No pasara esto entre chinos» lo cual viene a ser lo mismo que colocar en la China la antonomasia de la barbarie. Es bueno esto para la idea que aquella nación tiene de sí misma, la cual se juzga la mayorazga de la agudeza, pues es proverbio entre ellos, que «los chinos tienen dos ojos, los europeos no más que uno, y todo el resto del mundo es enteramente ciego.»

El caso es que tienen bastante fundamento para creerlo así. Su gobierno civil y político excede al de todas las demás naciones. Sus preparaciones para evitar guerras, tanto civiles como forasteras, son admirables. En ninguna otra gente tienen tanta estimación los sabios, pues únicamente a ellos confían el gobierno. Esto sólo basta para acreditarlos por los más racionales de todos los hombres. La excelencia de su inventiva se conoce en que las tres famosas invenciones de la imprenta, la pólvora y la aguja náutica, son mucho más antiguas en la China que en Europa, y aun hay razonables sospechas de que de allá se nos comunicaron. Sobresalen con grandes ventajas en cualquier arte a que se aplican; y por más que se han esforzado los europeos, no han podido igualarlos, ni aun imitarlos en algunas.

Nada es digno de tanta admiración como el grande exceso que nos hacen en el conocimiento y uso de la medicina. Sus médicos son juntamente boticarios; quiero decir, que en su casa tienen todos los medicamentos de que usan, los cuales se reducen a varios simples, cuyas virtudes tienen bien examinadas. Ellos los buscan, preparan y aplican. En cuanto a la unión de los dos oficios, antiguamente se practicaba lo mismo en todas las naciones, y ojalá se practicara también ahora. Son sumamente prolijos en el examen del pulso. Es muy ordinario detenerse cerca de una hora en explorar su movimiento. Pero es tal la comprensión que tienen, así de esta señal como de la lengua, que, en registrando uno y otro, sin que los asistentes ni el enfermo les digan cosa alguna, pronuncian qué enfermedad es la que padece, qué síntomas la acompañan, el tiempo

en que entró, con las tiernas circunstancias antecedentes y subsecuentes.

Bien veo que esto se hará increíble a nuestros médicos; pero las varias relaciones que tenemos de la China, algunas escritas por misioneros ejemplarísimos, están en este punto tan constantes, que sin temeridad no se les puede negar el asenso. Aun cuando a mí me hubiera quedado alguna duda, me la habría quitado el ilustrísimo señor don José Manuel de Andaya y Haro, dignísimo prelado de esta santa iglesia de Oviedo, que me confirmó esta noticia, con las experiencias que tenía de un médico chino que trató en Manila, capital de las Filipinas, y de quien su ilustrísima me refirió maravillas, así en orden al pronóstico como en orden a la curación. Persuádome a que algunos médicos de la corte tendrán el libro de Andrés Cleyer, protomédico de la Batavia índica, *De Medicina Chinensium*, impreso en Ausburg, de que da noticia el *Diario de los Sabios* de París del año 1682, donde podrán ver más por extenso esta noticia.

Siendo tan sabios los médicos de la China en la práctica de su arte, no son menos sabios los chinos en la práctica que observan con sus médicos. Si el médico, después de examinados el pulso y la lengua, no acierta con la enfermedad o con alguna circunstancia suya, lo que pocas veces sucede, es despedido al punto como ignorante, y se llama otro. Si acierta, como es lo común, se le fía la curación. Trae luego de su casa un costalillo de simples, cuyo uso arregla en el cuándo y en el cómo. Acabada la cura, se le paga legítimamente, así el trabajo de la asistencia como el coste de los medicamentos. Pero si el enfermo no convalece, uno y otro pierde el médico; de modo que el enfermo paga la curación cuando sana, y el médico su impericia cuando no le cura. ¡Oh sí entre nosotros hubiese la misma ley! Ya Quevedo se quejó de la falta de ella, sin saber que se practicase en la China; y aunque lo hizo como entre burlas, pienso que lo sentía muy de veras.

Generalmente podemos decir a favor de la Asia, que esta parte del mundo fue la primera patria de las artes y las ciencias. Las letras tuvieron su nacimiento en la Fenicia; de allí vinieron a Egipto y Grecia, como el conocimiento de los astros a una y otra parte vino de Cal

V

Por lo que mira a la África, no tenemos más que echar los ojos a que allí nacieron un Cipriano, un Tertuliano y, lo que es más que todo, un Augustino; a que en la pericia militar, más superiores fueron un tiempo los africanos a los españoles, que hoy los españoles a los africanos. Menos sangre les costó a los cartagineses algún día la conquista de toda España, que después acá a los españoles la de unos pequeños retazos de la Mauritania. El suelo y el cielo los mismos son ahora que entonces, y por tanto capaces de producir iguales genios. Si les falta la cultura, no es vicio del clima, sino de su inaplicación. Fuera de que, acaso no son tan incultos como se imagina. El padre Buffier, en el librito que intituló *Examen des prejuges vulgaires*, copió la arenga de un embajador de Marruecos al gran Luis XIV, la cual está tan elocuente y oportuna como si la hubiera formado un discreto europeo.

VI

El concepto que desde el primer descubrimiento de la América se hizo de sus habitantes, y aun hoy dura entre la plebe, es, que aquella gente, no tanto se gobierna por razón cuanto por instinto, como si alguna Circe, peregrinando por aquellos vastos países, hubiese transformado todos los hombres en bestias. Con todo, sobran testimonios de que su capacidad en medida es inferior a la nuestra. El ilustrísimo señor Palafox no se contenta con la igualdad; pues en el memorial que presentó al Rey en favor de aquellos vasallos, intitulado *Retrato natural de los indios*, dice que nos exceden. Allí cuenta de un indio, que conoció su ilustrísima, a quien llamaban *Seis-oficios*, porque otros tantos sabía con perfección. De otro, que aprendió el de organero en cinco o seis días, sólo con observar las operaciones del maestro, sin que este le diese documento alguno. De otro, que en quince días se hizo organista. Allí refiere también la exquisita sutileza con que un indio recobró el caballo que acababa de robarle un español. Aseguraba este, reconvenido por la justicia, que el caballo era suyo había muchos años. El indio no tenía testigo alguno del robo: viéndose en este estrecho, prontamente echó su capa sobre los ojos del caballo, y volviéndose al español, le dijo, que ya que tanto tiempo había era dueño del caballo, no podía menos de saber de qué ojo era tuerto; así, que lo dijese. El español, sorprendido y turbado, a Dios y a dicha respondió que del derecho. Entonces el indio, quitando la capa, mostró al juez y a todos los asistentes que el caballo no era tuerto ni de uno ni de otro ojo; y convencido el español del robo, se le restituyó el caballo al indio.

Apenas los españoles, debajo de la conducta de Cortés, entraron en la América, cuando tuvieron muchas ocasiones de conocer que aquellos naturales eran de la misma especie que ellos, o hijos del mismo padre. Léense en la *Historia de la conquista de Méjico* estratagemas militares de aquella gente, nada inferiores a las de cartagineses, griegos y romanos. Muchos han observado que los criollos, o hijos de españoles, que nacen en aquella tierra son de más viveza o agilidad intelectual que los que produce España. Lo que añaden otros, que aquellos ingenios, así como amanecen más

temprano, también se anohecen más presto, no sé que esté justificado.

Es discurrir groseramente hacer bajo concepto de la capacidad de los indios, porque al principio daban pedazos de oro por cuentas de vidrio. Más rudo es que ellos, quien por esto los juzga rudos. Si se mira sin prevención, más hermoso es el vidrio que el oro, y en lo que se busca para ostentación y adorno, en igualdad de hermosura, siempre se prefiere lo más raro. No hacían, pues, en esto los americanos otra cosa que lo que hace todo el mundo. Tenían oro, y no vidrio: por eso era entre ellos, y con razón, más digna alhaja de una princesa un pequeño collar de cuentas de vidrio que una gran cadena de oro. Un diamante, si se atiende al uso necesario, es igualmente útil que una cuenta de vidrio; si a la hermosura, no es mucho el exceso. Con todo, los asiáticos venden por millones de oro a los europeos un diamante que pesa dos onzas. ¿Por qué esto, sino porque son rarísimos? Los habitantes de la isla Formosa estimaban más el azófar que el oro, porque tenían más oro que azófar, hasta que los holandeses les dieron a conocer la grande estimación que en las demás regiones se hacía de aquel metal. Si en todo el mundo hubiese más ora que azófar, en todo el mundo sería preferido este metal a aquel. Aportando el año de 1603 el almirante holandés Cornelio Matelief al cabo de Buena Esperanza, lo dieron aquellos africanos treinta y ocho carneros y dos vacas por un poco de hierro que no valía de veinte sueldos arriba; y lo bueno es, que quedaron igualmente satisfechos de que habían engañado a los holandeses, que estos de que habían engañado a los africanos. Tenían sobra de ganado y falta de hierro. Si acá hubiese la misma sobra y la misma falta, se compraría el hierro al mismo precio.

El padre Lafitau, misionero jesuita, que trató mucho tiempo aquellos pueblos de la América Septentrional, a quienes, por estar reputados por más bárbaros que los demás, llaman salvajes, encarece en gran manera su gobierno y policía, comparándolos en todo con los antiguos lacedemonios. Es también, lo que se admirará más, gran panegirista de su elocuencia; llegando a decir que hay tal cual entre ellos, cuyas oraciones pueden correr parejas, y aun acaso exceder, a las de Cicerón y Demóstenes. En las *Memorias de Trevoux*, año 1724, artículo 106, se halla la relación del padre Lafitau. Puede

ser que en esto haya algo de hipérbole; pero no tiene duda que se hace muy diferente juicio de las cosas miradas de cerca que de lejos.

Padece nuestra vista intelectual el mismo defecto que la corpórea, en representar las cosas distantes menores de lo que son. No hay hombre, por gigante que sea, que a mucha distancia no parezca pigmeo. Lo mismo que pasa en el tamaño de los cuerpos, sucede en la estatura de las almas. En aquellas naciones que están muy remotas de la nuestra, se nos figuran los nombres tan pequeños en línea de hombres, que apenas llegan a racionales. Si los considerasen los de cerca, haríamos otro juicio.

VII

Opondráseme acaso que las absurdísimas opiniones que en materia de religión padecen los más de los pueblos de Asia, África y América, mucho más la carencia de toda religión, que se ha observado en algunos, nos precisan a hacer bajísimo juicio de sus talentos.

Respondo, lo primero, que aunque los errores en materia de religión son los peores de todos, no prueban absolutamente rudeza en los hombres que dan asenso a ellos. Nadie ignora que los antiguos griegos y romanos eran muy hábiles para ciencias y artes. Con todo, ¡qué gente más fuera de camino en cuanto al culto! Adoraban dioses adúlteros, pérfidos, malignos: Roma, que, como dice san León, dominaba a todas las naciones, era dominada de los errores de todas. En empezando el hombre a buscar la deidad fuera de sí misma, no hay que hacer cuenta de la mayor o menor capacidad, porque anda también fuera de sí misma la razón. Para quien camina a oscuras es indiferente el mayor o menor precipicio, porque no los ve para medirlos. Y aun no sé si empezando a errar, se descamina más el que más alcanza; porque en punto de religión, supuesto el primer yerro, fácilmente se confunde lo misterioso con lo ridículo, y afecta la sutileza hallar algunas señas recónditas de divinidad en lo que más dista de ella, según el juicio común.

Respondo, lo segundo, que no podemos asegurarnos de que la idolatría de varias naciones sea tan grosera como se pinta. En orden a los antiguos idólatras, ya algunos eruditos esforzaron bien esta duda, proponiendo sólidos fundamentos para pensar, que en el simulacro no se adoraba el tronco, el metal o el mármol, sino algún numen que se creía huésped en ellos. Verdaderamente parece increíble que un estatuario, como le pinta graciosamente Horacio en una de sus sátiras, enarbolada la hacha con una mano, asido un tronco con la otra, perplejo sobre si haría un Príapo o un escaño, considerase en sí mismo la autoridad que era menester para fabricar una deidad.

Lo mismo digo de los ídolos animados. ¿Cómo he de creer que los egipcios, que fueron algunos siglos el reservatorio de las ciencias, tuviesen por termino último de la adoración unas viles sabandijas, y aun los mismos puerros y cebollas, como dice de ellos

Juvenal con irrisión irónica, que les nacían en los huertos? *O sanctas gentes, quibus haec nascuntur in hortis numina!* Más razonable es pensar que aquella nación, que era igualmente inclinada a representar todas las cosas con enigmas y símbolos, adorase en aquellas viles criaturas alguna mística significación que les daban, y que el culto fuese respectivo, y no absoluto. Lo mismo que de aquella nación, se puede discurrir de otras, así en aquel tiempo como en este.

Confírmame en este pensamiento lo que leí de la superstición que reina en la isla de Madagascar. Adoran sus habitantes un grillo, criando cada uno el suyo con gran cuidado y veneración. En una expedición que hicieron cuatro bajeles franceses, el año de 1665, para la India Oriental, entraron de tránsito en la isla de Madagascar. Sucedió que un francés curioso, advertido de la extravagante superstición de aquellos isleños, preguntó a uno de los que entre ellos eran venerados por sabios, ¿qué fundamento tenían para adorar a un animal tan vil? Respondió éste que en el efecto adoraban el principio, esto es, en la criatura el Criador, y que era menester determinar la adoración a un sujeto sensible para fijar el espíritu. ¿Quién esperaría un concepto tan delicado en aquel país? No niego que la respuesta no le redime de supersticioso; pero le pone muy lejos de insensato. Si reconviniésemos a los antiguos egipcios, creo nos responderían en la misma substancia.

En cuanto a los pueblos que carecen de religión, es harto dudoso que haya alguno tal en el mundo. Los viajeros que los aseguran, es de creer que, o por falta de suficiente trato, o por no entender bien el idioma, no penetraron su mente. Clama toda la naturaleza la existencia del Criador, con tan sonoros gritos, que parece imposible que la razón más dormida no despierte a sus voces.

VIII

Apenas, pues, hay gente ninguna que, examinado su fondo, pueda con justicia ser capitulada bárbara. No negaré por tanto que no haya entre determinadas naciones alguna desigualdad en orden al uso del discurso. Sé que este depende de la disposición del órgano, y en la disposición del órgano puede tener su influjo el clima en que se nace. Pero si se me pregunta qué naciones son las más agudas, responderé, confesando con ingenuidad que no puedo hacer juicio seguro. Veo que las ciencias florecieron un tiempo entre los fenices, otro entre los caldeos, otro entre los egipcios, otro entre los griegos, otro entre los romanos, otro entre los árabes. Después se extendieron a casi todos los europeos. Entre tanto que a cada tierra no le tocaba el turno de la circulación, eran tenidos los habitantes de ella por rudos. Después se vio que no entendían ni adelantaban menos que los que tuvieron la dicha de ser los primeros. Acaso si el mundo dura mucho y hay grandes revoluciones de imperios (porque Minerva anda peregrina por la tierra, según el impulso que le dan las violentas agitaciones de Marte), poseerán las ciencias en grado eminente los iroqueses, los lapones, los trogloditas, los garamantes y otras gentes a quienes hoy con desdén y repugnancia admitimos por miembros de nuestra especie; de modo que, por la experiencia, apenas podemos notar desigualdad de ingenio en las naciones.

Mucho menos por razones físicas. Muchos han querido establecer esta desigualdad a proporción del predominio de las cualidades elementales que reinan en diferentes países. Comúnmente se dice que los climas húmedos y nebulosos producen espíritus groseros; al contrario los puros, secos y despejados. Aristóteles se declaró a favor de las tierras ardientes. Lo primero probaría que los holandeses y venecianos son muy rudos, pues aquellos viven metidos en charcos, y estos habitan el mismo golfo a quien dieron nombre. Lo segundo, que los negros de Angola son más agudos que los ingleses; y no sé que ningún hombre razonable haya de conceder ni una ni otra consecuencia. Pero no es menester detenernos en esto, pues ya mostramos largamente que no puede inferirse desigualdad en el discurso, del predominio que tiene en el temperamento ninguna de las cualidades sensibles. Por lo cual, es preciso confesar que el influjo que el país natalicio puede tener en esto, viene de más

oculta causa, inaccesible a nuestro conocimiento, o por lo menos no comprendida hasta ahora.

Cuando digo que por la experiencia apenas podemos notar desigualdad de ingenio en las naciones, debe entenderse en cuanto a las cualidades esenciales de penetración, solidez y claridad, no en cuanto a los accidentes de más veloz o más tardo, más suelto o más detenido; porque en cuanto a esto, es visible que unas naciones exceden a otras. Así es claro que los italianos y los franceses son más ágiles que los españoles, y dentro de España hay bastante diferencia de unas a otras provincias. En esta de Asturias se notan, por lo común, genios más despejados, por lo menos para la explicación, que en otros países, cuya experiencia hasta para disuadir aquella general aprehensión de que los países muy lloviosos producen almas torpes; siendo cierto que a esta tierra el cielo más la inunda que la riega, y con verdad la podríamos llamar:

Nimborum patriam, loca faeta furentibus austris.

Pero si entre las naciones de Europa hubiese yo de dar preferencia a alguna en la sutileza, me arrimaría al dictamen de Hedegero, autor alemán, que concede a los ingleses esta ventaja. Ciertamente la Gran Bretaña, desde que se introdujo en ella el cultivo de las letras, ha producido una gran copia de autores de primera nota. Sólo el referir los que dio a las dos religiones benedictina y seráfica sería muy fastidioso. Pero no callaré que cada una de estas dos religiones le debe tres estrellas de primera magnitud. La primera el venerable Beda, el famoso Alcuino y el célebre calculador Suiset. La segunda, Alejandro de Alés, el sutil Scoto y su discípulo Guillermo Ockan. Con esta reflexión de Cardano (*De subtilit.*, lib. XVI, *De scient.*), que entre los doce ingenios más sutiles del mundo gradúa en cuarto y quinto lugar al sutil Scoto y al calculador, de quienes dice: *Barbaros ingenio nobis haud esse inferiores, quandoquidem sub Brumae caelo, divisa toto orbe Britannia duos tam clari ingenii viros emisserit.*

Tampoco callaré que en un tiempo, en que en las demás naciones de Europa apenas se sabía qué cosa era matemática, tuvieron las dos religiones dichas ilustrísimos matemáticos ingleses. En la seráfica fue celeberrimo Rogelio Bacon, que por razón de sus admirables y artificiosísimas operaciones fue sospechoso de magia, y dicen

algunos autores que fue a Roma a purgarse de esta sospecha. El vulgo fingió de él lo mismo que de Alberto Magno; esto es, haber fabricado una cabeza de metal que respondía a cuanto le preguntaban. No fue menos famoso en la benedictina Oliverio de Malmesbury, de quien Juan Pitseo refiere que alcanzó el arte de volar, aunque no con tanta felicidad, que pasase de ciento y veinte pasos. Mas al fin ninguno otro hombre llegó a tanto.

En las cosas físicas dio Inglaterra más número de autores originales que todas las demás naciones juntas. Y así, los franceses, con ser tan celosos del crédito de los ingenios de su nación, confiesan a los ingleses la ventaja del espíritu, filosófico. Sin temeridad se puede decir que cuanto de un siglo a esta parte se adelantó en la física, todo se debe al canciller Bacon. Éste rompió las estrechas márgenes en que hasta su tiempo estuvo aprisionada la filosofía; éste derribó las columnas que con la inscripción *Non plus ultra* habían fijado tantos siglos a la ciencia de las cosas naturales. El doctísimo Pedro Gasendo no fue otra cosa que un fiel discípulo de Bacon, que lo que éste había dicho sumariamente, lo repitió en sus excelentes escritos filosóficos, debajo de otro método más extendido. Lo que dijo Descartes de bueno, de Bacon lo sacó. Después de Bacon son también grandes originales Roberto Boile y el sutilísimo caballero Newton, dejando a Juan Loke, al caballero Digby y otros muchos. Pero la viveza de sus ingenios tiene la desgracia que reparó su mismo Bacon; pues una vez que se apartaron de la verdadera senda, tanto más velozmente se han extraviado, cuanto más vivamente han discurrido. Aunque no falta en Inglaterra (después que la afeó la herejía) un Tomás Moro, célebre en las ciencias y aun más célebre por su católica constancia.

También diré que en los filósofos ingleses he visto una sencilla explicación y una franca narrativa de lo que han experimentado, desnuda de todo artificio, que no es tan frecuente en los de otras naciones. Señaladamente en Bacon, en Boile, en el caballero Newton y en el médico Sidenham, agrada el ver cuán sin jactancia dicen lo que saben, y cuán sin rubor confiesan lo que ignoran. Este es carácter propio de ingenios sublimes. ¡Oh desdicha, que tenga la herejía sepultadas tan bellas luces en tan tristes sombras!

Para complemento de este discurso, y en obsequio de los curiosos, pongo aquí la siguiente tabla, sacada del segundo tomo de la *Specula phisico-mathematico-historica* del padre premonstratense Juan Zahn, donde se pone delante de los ojos la diversidad que tienen en ingenios, vicios y dotes de alma y cuerpo, las cinco principales naciones de Europa. El citado autor, que es alemán, la propone como arreglada al sentir común de las naciones. Pero yo no salgo por fiador de su verdad en todas sus partes, y en especial le hallo poco verídico en lo que dice de los españoles; pues no son en el cuerpo horrendos, ni en la hermosura demonios, ni en la fidelidad falaces; antes bien en los cuerpos y hermosura son airosos y en la fidelidad firmes.

Freeditorial 